

ESTRELLAS
SOBRE EL
OCÉANO



KIMBERLEY
FREEMAN

Título original: *Stars Across the Ocean*
Editado en Australia y Nueva Zelanda
por Hachette Australia

Diseño de cubierta: Christabella Designs
Fotografía de cubierta: © Mark Owen / Trevillion Images
Fotografía de la autora por cortesía de Craig Peihopa

Primera edición: 2018

© Kimberley Freeman, 2017
© traducción: Carmen Terner Lorenz, 2018
© de esta edición: Algaida Editores, 2018
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
www.editorialboveda.com
ISBN: 978-84-16691-80-7
Depósito legal: SE. 1.583-2018
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

EL PRESENTE	11
CAPÍTULO 1. <i>Agnes</i>	21
CAPÍTULO 2	48
CAPÍTULO 3	60
CAPÍTULO 4	77
CAPÍTULO 5	90
CAPÍTULO 6	108
EL PRESENTE	131
CAPÍTULO 7. <i>Moineau</i>	139
CAPÍTULO 8. <i>Moineau</i>	161
EL PRESENTE	177
CAPÍTULO 9. <i>Agnes</i>	186
CAPÍTULO 10	204
CAPÍTULO 11	221
CAPÍTULO 12	240
CAPÍTULO 13	255
CAPÍTULO 14	277
CAPÍTULO 15	292
CAPÍTULO 16	310

CAPÍTULO 17	321
EL PRESENTE	339
CAPÍTULO 18. <i>Moineau</i>	346
CAPÍTULO 19. <i>Moineau</i>	365
EL PRESENTE	391
CAPÍTULO 20. <i>Agnes</i>	393
CAPÍTULO 21	411
CAPÍTULO 22	430
CAPÍTULO 23	444
CAPÍTULO 24	457
EL PRESENTE	480
CAPÍTULO 25. <i>Moineau</i>	489
EL PRESENTE	504
CAPÍTULO 26. <i>Agnes</i>	505
EL PRESENTE	517
AGRADECIMIENTOS	521

Para mi madre

EL PRESENTE

—¿MAMÁ?

—Está desorientada. Tienes que tener paciencia si...

—¿Mamá? —le dije todavía con más ahínco, como habría hecho de niña, exasperada pero obediente.

Aunque la esté mirando a los ojos y ella a mí, es como si se hubiera formado una neblina entre nosotras. Por una parte estamos la enfermera y yo, rodeadas de las paredes verde pálido de la clínica, y por otra parte está mi madre, perdida en la inmensidad del mar.

—¿Victoria? —dice por fin y le sonrío.

—Sí, soy yo, estoy aquí.

Mi madre es la única que me llama por mi nombre completo. Para todos los demás soy Tori, que es más moderno y sencillo. Ella me puso el nombre de una reina, pero no lo soy.

—Me perdí entre el tráfico —dice refiriéndose a las quemaduras que ahora le marcan la piel pálida en los suaves rasgos del rostro.

—Eso me han dicho.

—Podría haber sido peor, supongo. No rompí nada —resopla—. ¿No habrás venido desde Australia solo por eso?

La enfermera le da una palmada en la pierna por encima de las sábanas.

—Os dejo solas, ¿de acuerdo, señora Camber?

—Profesora Camber —la corregimos mi madre y yo al unísono y con el mismo tono de cansancio e indignación en la voz.

—Vaya, mira a quién le está mejorando la memoria —suelta la enfermera al salir sin rastro de amabilidad.

Yo creía que las enfermeras eran amables y, sin embargo, la forma en que esta le acaba de contestar a mi madre suena como si hubiera querido decir «mira la vieja patosa esta». Mi madre solo tiene setenta años, y no tiene nada de vieja ni de patosa.

Cuando nos quedamos solas, vuelvo a mirar a mi madre. Parece asustada, y enseguida me transmite el miedo. Se me encoge el estómago. ¿Por qué está asustada? ¿Yo también debería estarlo? Intento sonreír.

—Bueno —digo.

Me sonrío. Parece que mi sonrisa la ha reconfortado de algún modo.

—¿No habrás venido desde Australia solo por eso? —dice otra vez, y no sé si lo repite para insistir o porque ya se le ha olvidado que lo había dicho antes.

—¿Por el accidente? No, en realidad, no. Es... por lo otro.

Aparta la mirada. Mi madre fue muy guapa de joven y la belleza nunca llega a abandonar un rostro del todo. Es cierto que ahora tiene el pelo del color del acero, las mejillas hundidas y los labios rodeados de arrugas, pero sigue teniendo unos enormes ojos azules, casi violetas, y las pestañas largas y oscuras.

Por la ventana se cuele un débil rayo de luz y se oyen las gaviotas que siguen las corrientes por el canal de Bristol. Mi madre trabaja en Bristol, pero siempre ha vivido aquí, en Portishead. Su casa está a cinco minutos de la clínica. Ha debido de pasar por delante miles y miles de veces cuando salía a pasear por la tarde, sin poder imaginarse que algún día terminaría aquí, en la «casa de las chavetas», como ella decía.

Pero ¿cuánto tiempo seguirá trabajando en Bristol? Su jubilación forzosa ha sido el tema de todos los correos que me ha enviado durante los últimos dieciocho meses.

—No estoy tan mal como creen —dice por fin—. Se me olvidan algunas cosas, me acuerdo de otras...

—Cuando tu médico me llamó, me dijo que no era la primera vez que te perdías.

—Un día me equivoqué al doblar una esquina. Habían cambiado el recorrido del autobús y me desorienté un poco. No le hagas caso a la doctora Chaudry, es muy joven y se cree que lo sabe todo.

No insisto, aunque la doctora me dijo que habían sido cuatro veces. La habían encontrado perdida y totalmente desorientada cuatro veces en los últimos dos años.

«Sin duda le habrá pasado otras veces, aunque haya conseguido llegar a su casa y no me lo haya dicho», me aseguró la doctora Chaudry.

Las pruebas y el diagnóstico se habían realizado sin que yo supiera nada. El resultado no había sido una sorpresa. La imponente catedrática emérita de Locksley College, Margaret Camber: chaveta.

Totalmente demente.

Y aun siendo un diagnóstico terrible para cualquier mujer, parece doblemente terrible para una mujer que ha destacado por su inteligencia durante toda su vida.

O triplemente, porque es mi madre.

Me siento a su lado y la cojo de la mano en la penumbra de la habitación, incapaz de creer que esto esté pasando de verdad, que mi madre no es invencible, que la enfermedad y la muerte la alcanzarán, como a todos los demás. Tengo la cabeza embotada por el *jet lag*. No consigo elaborar pensamientos completos, solo jirones. Estoy hundida y quiero que mi madre me consuele y, aunque sea desconcertante, ahora soy yo la que tiene que consolarla a ella.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar? —me pregunta al rato.

—Todo lo que me necesites.

—Geoff se molestará si te quedas demasiado tiempo.

—Lo entenderá.

Se hace de nuevo el silencio y al cabo de un momento, dice:

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

—Todo lo que... Todavía no lo sé. No he comprado el billete de vuelta.

—Necesito que vayas a mi departamento.

—¿Al departamento? ¿De Locksley?

Asiente y me doy cuenta de que mi madre está recuperando las fuerzas. Se pone tensa.

—Lo han desordenado todo y todavía no me ha dado tiempo a ir a ordenarlo.

—¿Tus libros y tus papeles? ¿Quieres que los empaquete?

—Tengo cosas ahí... Lo han amontonado todo en mitad de la habitación. Sinvergüenzas.

—Sí, mamá, claro. ¿Dónde está la llave?

—Con las otras. Mi bolso está en el armario.

Señala una cajonera que está al otro lado de la cama. Abro el último cajón y saco el bolso, en el que hay un manojo de llaves.

—Iré en cuanto la enfermera me eche de aquí —le digo.

Vuelve a relajarse.



—Me pareció verlo, ya sabes, a Emile.

—¿Quién es Emile?

—Aunque ya sé que es imposible. Me confundí. Pero pensé que era él y me metí en la carretera sin mirar si pasaban coches.

—¿Quién es Emile?

—Solo quería preguntarle cómo terminó... —me dice negando con la cabeza con tristeza.

La frase termina en un murmullo. Se ha vuelto a formar la neblina y ya ni siquiera estoy segura de que mi madre sepa que estoy aquí.

Le acarico la mano sin decir nada. La enfermera entra y nos anuncia alegremente que es la hora de la merienda. No sé si es por el *jet lag* o por ver a mi madre así, pero para mí es como si fuera medianoche.

Locksley College está en una larga avenida arbolada, en la otra parte del puente colgante de Chifton. A mi madre siempre le ha fascinado tener que cruzar todos los días un símbolo de la arquitectura victoriana para ir al trabajo, dado que es una estudiosa de la historia del siglo XIX. Para ser más exactos, mi madre estudió la historia inglesa del siglo XIX. Incluso llegó a presentar una vez, en BBC2, un programa titulado *Vida de las mujeres victorianas*. Fue en los noventa, cuando yo aún era tan joven como para sentirme avergonzada cuando mis compañeros de trabajo hablaban sobre lo atractiva que era mi madre. Ella tenía cincuenta años y yo diecinueve, y era como si el mundo entero hubiese decidido que tendría que vivir bajo su sombra.

Avanzo lentamente, buscando un sitio para aparcar el coche de alquiler. Estoy demasiado cansada para conducir, pero después de sobrevivir a dos horas de camino por la M4

desde Heathrow, no me parece lógico quedarme ahora en casa cuando mi madre está tan desesperada por que vaya a su despacho. Encuentro un sitio y pago el parquímetro, y luego cruzo la calle hacia Beech House (construida en 1901, y por lo tanto, victoriana) y subo a la tercera planta por unas escaleras de piedra con los bordes desgastados hasta llegar al departamento.

Me siento... no es culpable, más bien «furtiva». Miro a mi alrededor antes de meter la llave en la cerradura. Todo está en silencio. Ya han dado las seis. Todos se han ido a casa para disfrutar de la tarde o de sus vacaciones de verano. Entro y cierro la puerta, y enseguida me siento embargada por los olores que asocio con mi madre: libros viejos y aceite de rosa mosqueta. Me concedo un instante, respiro hondo y me pongo manos a la obra.

Se me encoge el estómago de rabia. Mi madre tenía razón: algún «sinvergüenza» ha sacado todas sus carpetas de los cajones y las repisas y lo ha metido todo sin orden ni concierto en una caja que ha dejado en mitad de la habitación. Las carpetas están abiertas y todos los papeles están apilados unos sobre otros. Es horrible. Los libros están amontonados en la mesa y en el suelo, alrededor de la caja. Las estanterías están vacías y llenas de polvo.

—Mamá, lo siento —digo en voz baja.

Cojo un fajo de papeles —páginas antiguas de un recetario de 1881— y me abanico con él. El calor es sofocante. Va a ser imposible ordenarlo todo.

Volveré mañana por la mañana. Primero tengo que dormir un poco, y después ya hablaré con el decano y a lo mejor hasta le doy un puñetazo entre ceja y ceja por obligar a mi madre a jubilarse antes de que esté preparada para afrontar una jubilación que no desea y por dejar que algún payaso haya desordenado de ese modo sus valiosos documentos.

Me dejo caer en la silla del escritorio de mi madre. Por la ventana veo las hojas y las ramas de los árboles que se mecen con la brisa de la tarde ligeramente distorsionados por el grosor del cristal. Entre dos montones de libros veo un papel cuadrado. Lo cojo y lo noto frágil y friable entre los dedos. Las letras, largas e inclinadas, están descoloridas. Abajo, en el fondo de la página, dice:

Para mi niña, la niña que perdí.

Solo es una página. Con una rápida ojeada ya se ve que termina con una frase a la mitad, por lo que está claro que la han separado de las demás. Me imagino a los hombres que sacaron los papeles de mi madre sin ningún cuidado y los dejaron todos revueltos, tal vez pisándolos con los zapatos sucios antes de ponerlos desordenadamente en la mesa.

«La niña que perdí».

Estoy llorando. Estoy cansada. Mamá está mala y no le he dicho que he perdido otro bebé. De once semanas, esta vez. He estado muy cerca de poder dar la buena noticia. Y aquí estoy, a punto de cumplir cuarenta, y no ha habido ningún niño en mi vida. Probablemente, nunca lo habrá.

«Los niños que perdí».

Me seco las lágrimas, molesta por mi propia autocompasión, y leo la primera página.

Para mi niña, la niña que perdí.

Lo primero, y sobre todo, nunca dudes de que te quería. Te sigo queriendo.

Fuiste creada con amor, naciste con amor y te separaron de mí, todo por amor. Llevo meses intentando encontrarte, pero

mi familia —sobre todo mi hermana, de la que me esperaba más compasión— se ha negado rotundamente a decirme dónde estás, aunque me asegura que te están cuidando bien. A estas alturas ya le habrás dedicado tus primeras sonrisas a tu nueva mamá, incluso tal vez tus primeras palabras. Te sentirás segura con el ritmo y el timbre de su voz, sus brazos y la camita en la que duermes. Se me parte el corazón, pero no puedo imaginar cómo sería apartarte de donde te sientes segura y feliz. Si algún día te encontrara, si volviera a estrecharte entre mis brazos como tanto deseo, sería en un mundo de incertidumbre y penurias. Mi padre me ha dejado bien claro lo que tendría que pagar por la pérdida del buen nombre de la familia. El amor no nos salvaría del hospicio.

Pero no te he olvidado ni lo haré jamás, mi niña. Aunque seguramente nunca lo leerás, tengo que escribirte para contarte lo que pasó para que...

Eso es todo. No sé cuánto tiempo hará que mi madre tiene esta carta, ni si el resto estará por aquí. Le mandan documentos como este de todos los rincones del mundo, cartas y papeles que la gente se encuentra metidos en un libro antiguo o en el baúl enmohecido de la bisabuela después del funeral. Mi madre ha pedido que se cree un archivo apropiado en Locksley para todo este material, pero según el nuevo decano, si los documentos no son de guerra o política (asuntos de hombres), no hay presupuesto.

Dejo la página donde estaba. Me pesa la cabeza y no creo que aguante mucho más tiempo sin dormir.

Escribo un cartel que dice: «No tocar». Cierro la puerta y vuelvo a la casa de mi madre.

El olor olvidado pero tan familiar de la casa de mi madre me da la bienvenida nada más entrar. Enciendo la luz de la entrada y



suelto la maleta. Ya la subiré más tarde. Por ahora, solo quiero encontrar algo de comer y algún sitio donde tumbarme.

Cuando enciendo la luz de la cocina, me quedo de piedra. Lo primero que pienso es que mi madre ha puesto banderines amarillos por todas partes, pero enseguida me doy cuenta de que ha llenado las puertas de los armarios de pósits. Algunos son muy claros: «Peluquero martes 15:00»; otros no tanto: «Otro libro», «últimos puntos», «preguntar a Beth» o «1875». Pero son muchos, y los miro por encima diciéndole a mi cerebro lo que no quiere oír: que mi madre sabe que está perdiendo la memoria y estos son sus intentos por conservarla.

Voy de un armario a otro, en una gira de notas adhesivas que se adentra en la mente de mi madre. No consigo darles un sentido coherente, aunque supongo que así es como funciona la memoria, con destellos divergentes y convergentes. En una de las notas, en la parte de arriba del armario en el que guarda las tazas, hay un nombre escrito en mayúscula: «EMILE VENSON».

Estoy tan cansada que tardo un momento en acordarme. Me madre mencionó ese nombre antes. Emile. «Me pareció verlo, ya sabes».

Dijo algo sobre descubrir cómo terminó. Mi madre ha estado soltera durante mucho tiempo. Mi padre, que ya se ha muerto, nos dejó cuando yo tenía dos años. Muchos hombres se han interesado por ella, pero mi madre no les correspondía. No sé por qué. ¿Emile es un amante? ¿La ha dejado? ¿Cómo es que yo no lo sabía? ¿Y cómo es posible que no supiera que estaba sustituyendo su memoria con un montón de notas? ¿Cómo he podido dejar que la distancia que hay de aquí a Australia se convierta en la que separa su corazón del mío?

Me inclino sobre la encimera y me apoyo en los codos. En el silencio de la cocina llego a oír mis propios latidos. De

pronto, el motor del frigorífico se pone en marcha y doy un respingo.

Comida. Cama.

Cuando por fin cierro los ojos, pienso en mi madre y el océano que nos separa.



CAPÍTULO 1

Agnes

1874

AGNES HABÍA CONTADO CIENTOS DE VECES LOS ESCALONES de las dos plantas de Perdita Hall. Diecisiete. Abajo eran anchos, pero se iban estrechando después de la curva que conducía al descansillo de madera. El suelo crujía cada vez que bajaba hacia el pasillo descolorido, aunque absolutamente respetable, que llevaba al despacho del capitán Forest. Si hubiera ido hacia el otro lado, a la derecha, habría llegado al despacho de la señora Watford, la superiora. Era un camino que conocía muy bien, pues la habían obligado a recorrerlo una y otra vez debido a su mal comportamiento. La idea de no tener que volver a ver a la señora Watford la llenaba de alivio, y sin duda era un sentimiento correspondido. La superiora se había despedido con estas palabras: «Por lo menos, cuando te vayas no tendremos que ir a abrir la verja. Solo tendrás que saltarla como has hecho siempre».

Agnes se acercó a la puerta del despacho del capitán Forest. Estaba cerrada. Por un momento miró por la ventana del fondo del pasillo, y al contemplar la capilla, los jardines, los talleres y los dormitorios que habían sido su hogar durante dieci-



nueve años, el único hogar que había conocido, se preguntó si lo echaría de menos, pero le pareció imposible. Estaba deseando empezar su nueva vida.

Llamó a la puerta con golpes rápidos y suaves.

—Adelante —le dijo el capitán.

Agnes abrió la puerta. Solo se acordaba de haberlo visto una vez. Se decía que el capitán Forest recibía personalmente a todos los niños que llegaban a Perdita Hall, pero ella llegó siendo un bebé, por lo que no podía tener ningún recuerdo de aquel momento. La otra vez fue cuando cumplió diez años. Lo recordaba como un hombre amable, aunque distraído. Al cumplir los diez, todos los niños de la inclusa comenzaban su primer periodo de formación, ya fuera en la propia inclusa o en uno de los gremios o familias del pueblo, y el capitán Forest los invitaba a merendar en su despacho y les daba una pequeña charla sobre lo que significaba ser un niño de Perdita Hall. A ella le dio un trozo de bizcocho, que se le derritió en la boca, dulce y mantecoso.

Agnes no sabía si le volvería a dar bizcocho, pero supuso que no. Ya tenía diecinueve años, no era una niña. Aquel día, todo cambiaría para siempre.

El capitán Forest estaba sentado en un inmenso escritorio de roble. En la pared, detrás de él, había un barómetro de decoración. Unas pinturas adornaban el resto de la habitación con sus aguas turquesa y unos barcos que se abrían paso entre la espuma. Un sextante de latón sujetaba los papeles del escritorio.

Agnes se acercó a la mesa con su vestido gris de algodón uniendo las manos por delante.

La cálida luz primaveral que penetraba por la ventana le iluminaba el bigote plateado y las patillas a la Souvarov.

—Señorita Agnes Resolute, ¿correcto?

—Buenos días, capitán Forest.



El capitán le sonrió y señaló la silla que Agnes tenía a su lado.

—Tome asiento.

Agnes se sentó y pasó los dedos sobre la fina madera tallada de los brazos de la silla.

El capitán Forest se puso las gafas y hojeó unos papeles que tenía en la mesa.

—Ha estado aquí toda su vida, Agnes. La acogimos cuando no era más que un bebé.

—Sí, señor.

—Veo que ha completado su periodo de aprendizaje aquí, en la lavandería de Perdita Hall.

—Bordado y remiendos, señor. He aprendido bien.

Agnes había llegado a ser una buena costurera, principalmente porque le gustaba el ambiente silencioso de la sala de remiendos que estaba sobre la lavandería, ya que le daba todo el tiempo y la tranquilidad que necesitaba para dejar volar la imaginación.

—Excelente lectura y escritura. No tan dotada para la enfermería y la cocina. Ha trabajado adecuadamente al servicio de la familia Bennett en el norte de Hatby... —Siguió pasando las hojas, en las que se recogía toda su historia de modo claro y sencillo—. Vaya, ha recibido numerosas advertencias a raíz de su mala conducta, señorita Resolute. Es decepcionante.

Agnes no sabía si aquel comentario requería una respuesta, pero se le ocurrió una que no podía decir. «¿Puede culpar a un pájaro enjaulado por golpearse las alas contra los barrotes?».

Por fin, el capitán levantó la mirada.

—Agnes, con ocasión de su decimonoveno cumpleaños tengo el placer de comunicarle que queda libre de su obligación para con Perdita Hall.

Agnes sonrió de oreja a oreja.

—Gracias, capitán.

—Se marchará con todos sus documentos, referencias y, por supuesto, una pequeña suma de dinero que le permita ir a la ciudad a buscar trabajo.

Una de las reglas del capitán Forest era que los niños de Perdita Hall tenían que viajar dieciséis kilómetros para llegar a York y crearse una nueva vida, para lo que se les daba el dinero del coche de caballos y lo equivalente a la pensión de un mes.

—Mi hermano tiene una lavandería cerca de Petergate —continuó—. Podría ofrecerle...

—No creo que me quede mucho tiempo en York —dijo sin saber por qué, tal vez porque no le gustaba la idea de que el capitán Forest siguiera teniendo el control de su vida.

El capitán levantó las pobladas cejas.

—¿No? ¿Prefiere horizontes más lejanos?

Agnes miró a su alrededor, a los cuadros de los barcos, sin lograr entender cómo podía preguntarle aquello.

—Sí, señor, así es.

La verdad era que no sabía adónde iría. Había enviado una carta a una pensión femenina en la que la acogerían durante unas semanas y la ayudarían a encontrar un puesto de trabajo, pero la verdad era que ella esperaba trabajar un mes o así para poder ahorrar un poco e irse después a algún sitio con vistas al mar. Ella nunca había visto el mar.

—Admiro su valor, pero escúcheme bien: encuentre un trabajo honesto y no viva más allá de sus posibilidades ni aspire a lo que no le corresponde. Esa es la clave de la felicidad. Olvídese de... las malas conductas y será feliz.

Agnes estaba acostumbrada a morderse la lengua cuando le daban ese tipo de charlas.

—Gracias, señor. Deseo ser feliz.



El capitán Forest volvió a meter los papeles en la carpeta y la ató con los cordones de los bordes haciendo un lazo. Se levantó y, con gran ceremonia, se la entregó. Su historia había llegado al punto final. El futuro la esperaba más allá de la verja de hierro de Perdita Hall.

—Adiós, señorita Resolute. Recibió usted su apellido en honor de un buque que destaca por su firmeza y perseverancia. Tómelo como ejemplo y mantenga el buen nombre de esta gran institución.

—Gracias, capitán Forest —le dijo al tiempo que le estrechaba la mano, que le resultó curiosamente suave—. Adiós.

Salió del despacho, se sentó en las escaleras y desató el lazo de la carpeta. La falda le caía a ambos lados de las piernas y notaba el helor de la piedra bajo la tela. Quería saber qué había escrito sobre ella la señora Robbins, de la lavandería, en la carta de recomendación. Aunque nunca se habían llevado bien, necesitaba buenas referencias para encontrar trabajo como costurera. Sin embargo, el primer documento contenía la información de su admisión en Perdita Hall y se paró a leerlo.

Era una tabla.

«Nombre: Agnes (sugerencia, Resolute)».

A todos los niños de Perdita Hall se les ponía el nombre de un barco famoso. El *HMS Resolute* fue un bergantín de la Armada Real que se había desmontado antes de que ella naciera.

«Padre: desconocido».

«Madre: desconocida».

Agnes sobrevoló esa parte. Ella ya lo sabía, pero no dejaba de ser triste.

«¿Entregada en persona? No. Se encontró en el pórtico a primera hora de la mañana».

Más líneas, más detalles. Peso, altura, ninguna marca distintiva, cabeza «bien formada» y orejas «bastante pequeñas».

Agnes se tocó instintivamente las orejas. Hasta aquel momento, nunca había pensado que las tuviera pequeñas.

Paseó la mirada por la página hasta llegar a la última línea y entonces lo vio:

«Recuerdo: botón con unicornio».

Un minúsculo destello en la memoria, como una polilla contra el cristal. A muchos niños los dejaban con un recuerdo de su madre, un lazo, un mechón de pelo o incluso un trozo de un cordón en el suelo. Agnes siempre había pensado que ella no tendría ninguno porque no la entregaron en persona ni nadie había intentado identificarla ni ir a verla jamás. Y sin embargo, le habían dejado un botón, un botón con un unicornio.

Un recuerdo aflora al instante, claro y bien definido. Voces de niños y cascos de caballos. Es muy pequeña, debe de tener unos cinco o seis años, y está en el pueblo con sus compañeros y la maestra. En la otra acera hay una mujer alta y rubia, con la espalda muy derecha, que está discutiendo con un hombre pelirrojo. El hombre intenta mantener la calma, pero ella le habla de modo imperioso.

«¡No intentes controlarme!», le grita y cruza la calle corriendo hacia los niños.

Agnes ha seguido con tanta atención la discusión que se ha quedado atrás, así que echa a correr para alcanzar a sus compañeros, pero se tropieza y aterriza delante de ella, metiendo el codo en un charco.

La mujer rubia la ayuda a levantarse.

«Te has manchado», le dice con una sonrisa mientras le quita una hoja húmeda que se le había pegado al vestido.

Agnes se siente embrujada por los tonos luminosos y los ojos brillantes de la mujer, que la mira como si hubiera ganado algo. El hombre sigue en la otra acera.



La señorita Candlewick la coge del brazo con firmeza, le da las gracias a la mujer rubia y tira de Agnes hasta que alcanzan al resto del grupo.

«Vamos —le dice—, pero mira que eres tozuda y maleducada».

«¿Quién era esa mujer tan guapa?», pregunta Agnes.

«Genevieve, la hija de lord Breckby —dice la señorita Candlewick frunciendo el ceño—. ¿Te parece guapa?».

«Sí, guapa y valiente».

«Qué bobada —replica la señorita Candlewick suavizando la voz—, aunque no me sorprende que digas eso, porque estáis cortadas por el mismo patrón».

—¿Sentada en las escaleras como una mocosa, señorita Resolute?

Agnes cierra la carpeta inmediatamente y la vuelve a atar, teniendo cuidado de que no le tiemblen las manos.

—No, señora. Se me han caído los papeles y los estaba recogiendo —dijo Agnes mirando a los ojos a la señora Archer, la gobernanta.

Agnes y la gobernanta nunca se habían llevado especialmente bien, y la señora Archer siempre había pensado que se debía a un fracaso moral por parte de Agnes.

En realidad, Agnes y el fracaso moral siempre habían sido sinónimos en Perdita Hall.

—Todavía seguirás siendo una niña de Perdita durante unos días, Agnes —la reprendió la señora Archer con su fuerte acento del sur—. Cuida tus modales.

Agnes la siguió con la mirada mientras se marchaba. Le entraron ganas de echarse a reír. Aquella sería la última reprimenda de la señora Archer. Se levantó, se estiró la falda y se encaminó hacia el dormitorio. Pensando de nuevo en su recuerdo de la infancia, Agnes se dio cuenta de que siempre había considerado el comentario de la señorita Candlewick fuera de

lugar cuando le dijo que estaban «cortadas por el mismo patrón» al comparar sus malos modales con la valentía de Genevieve, pero en ese momento empezó a sospechar que tal vez aquellas palabras escondían algo más.

Expósita. ¿Existía una palabra más triste que esa? Agnes se lo había preguntado a menudo sentada en la cama estrecha de aquel dormitorio abarrotado durante los últimos diecinueve años.

El sol de la tarde intentaba abrirse paso entre las ramas altas de los árboles que se alzaban ante las ventanas. No volvió a abrir la carpeta. No quería que nadie se le acercara a preguntar. Cuando se sintiera preparada ya hablaría de algunos detalles con su mejor amiga, Gracie Badger, pero de momento, mientras las otras niñas charlaban, doblaban la ropa o se leían libros unas a otras, Agnes volvió a pensar en lo que era no tener madre, crecer sin un origen y sin nadie, y cómo un botón con un unicornio podía significar que ella sí procedía de algún sitio.

Se aprendía a sobrevivir a muchas cosas siendo un expósito. El llegar a acostumbrarse al sufrimiento era el mayor regalo de Perdita Hall. A los niños se les enseñaba desde el principio que el hecho de que los hubieran abandonado y nadie los quisiera no significaba que no tuvieran un valor para la sociedad. Cuando Agnes no se comportaba bien, lo que ocurría a menudo, siempre asumían que era porque se sentía abandonada y sin rumbo. «Mira a la cama de al lado y te darás cuenta de que no eres la única que se siente así», le había dicho la señora Watford una y otra vez, después de trepar por la rama de un árbol y cruzar la valla para ir a recoger setas al bosque, después de descubrir que se había dedicado a hacer dibujos escandalosos en la libreta en lugar de hacer el copiado o después de pelearse a gritos con la lianta de Charlotte Pelican, que insistía en que si



Dios había creado a Eva la segunda era porque la mujer tenía que estar siempre en segundo lugar, por detrás del hombre.

Sin embargo, Agnes tenía que admitir que casi todas las maestras eran amables con ellos y que incluso las que no lo eran solo conseguían que se les endureciera el carácter a los más inseguros o que se les bajarán los humos a los más insolentes. Perdita Hall se enorgullecía de ser una buena incluso para los expósitos, y tal vez fuera verdad. Pero Agnes se sentía angustiada en un ambiente tan controlado. Durante diecinueve años había vivido la misma rutina: despertador a las seis, oración a las seis y diez, aseo a las seis y cuarto, estudio o trabajo a las siete menos cuarto; luego estaba la campana para el desayuno, el almuerzo, la cena... Diecinueve años siguiendo las rígidas normas de Perdita Hall.

Y, por supuesto, independientemente de lo buena que pudiera ser la institución, todos echaban de menos el tener una madre. La mayoría de los niños pensaban que las madres eran encantadoras, dulces y cariñosas, mientras que Agnes se las imaginaba como espejos, mujeres que les enseñaban a sus hijas qué tipo de persona debían llegar a ser, cómo debían comportarse más allá de las normas, más allá de la puerta.

A lo mejor las madres tenían chaquetas de montar con botones con unicornios, como el que Agnes vio aquella vez...

Pero no, no podía llegar a ninguna conclusión. Todavía no. Tenía que ver el recuerdo con sus propios ojos para estar segura. Los recuerdos se guardaban en el despacho del capitán Forest. Todo el mundo lo sabía. Tenía algunos en la alacena de cristal y se los enseñaba a todas las visitas. Agnes los entrevió cuando fue a su despacho el día en que cumplió diez años, cuando le dio el trozo de bizcocho, y siempre le había parecido una colección muy extraña. No entendía cómo podía enseñarla, y mucho menos con tanto orgullo: cordones con nudos, alfileres

y trozos de lazos manchados. Lo único que parecía unificar la colección era que los objetos fueran tan patéticos.

Pero después de treinta años y unos setecientos expósitos, los recuerdos seguían llegando junto a más niños abandonados, y según la limpiadora del capitán Forest, que también había sido una niña de Perdita Hall, el capitán los describía en los informes de cada niño y luego los metía en una cajonera. Por lo tanto, tendría que entrar en el despacho del capitán Forest sin que nadie la viera.

Agnes sabía mentir muy bien cuando lo necesitaba, aunque no le gustaba hacerlo para no tener que ir a la iglesia. Sin embargo, en aquel momento lo más apremiante era encontrarlo. Así pues, le pidió a Dios que la perdonara mientras la enfermera Maggie —a la que había llamado la niña de la cama de al lado, Alexandra Orion— se sentaba en el borde de la cama y le ponía una mano cálida en la frente. La habitación estaba helada y en silencio mientras las demás niñas se levantaban con las primeras luces del alba. En la distancia se oían las campanas de la iglesia del pueblo de Hatby. La única campana de la capilla de Perdita Hall era la de un viejo buque, que estaba colgada en el recibidor.

—No tienes fiebre —observó la enfermera con su marcado acento escocés.

—Me duele la barriga.

—¿Mucho?

Agnes hizo una mueca de dolor.

—Sí.

Agnes sabía que la enfermera no tenía elección. Seis años antes había habido una epidemia de fiebres tifoideas en Perdita Hall y murieron cuatro niños. El capitán Forest estaba desolado.



—¿Erupciones?

Agnes negó con la cabeza, pero la enfermera le levantó el camisón para mirarle las piernas y el pecho. Cuando terminó, le puso la mano en la barriga y oprimió, con cierta crudeza, pensó Agnes.

—Tendrás que quedarte en la enfermería hasta que llegue el médico —le dijo Maggie—. Tardaremos en encontrar a alguno un domingo por la mañana.

—No me importa esperar.

La enfermera entornó los párpados. Agnes sabía que Maggie no se dejaba engañar fácilmente, y que además su fama tampoco ayudaba, por lo que se quedó tumbada entre las sábanas deshechas como si no tuviera fuerzas.

—Muy bien —dijo la enfermera Maggie—. Arriba. Te vienes conmigo.

Agnes se estiró el camisón amarillo de segunda mano con todos los lazos deshilachados y se levantó con cuidado. Tenía las zapatillas debajo de la cama. Se las puso y cogió la bata andrajosa. La enfermera, que era una mujer imponente de casi dos metros, esperó con gesto ceñudo. Luego cogió a Agnes del codo y así pasaron entre las demás camas, bajaron las escaleras y cruzaron el patio. A Agnes se le formaba una nube blanca delante de la cara al respirar el aire helado. Oyó a los más pequeños jugando en el césped que quedaba en la otra parte del muro que dividía la zona de los niños de la de las niñas mientras esperaban a que sonara la campana del barco. El canto de los pájaros llenaba el aire claro de la mañana, aunque el sol todavía no se había alzado por detrás de los oscuros edificios de piedra. Las suelas se le humedecieron con el rocío. Al principio del invierno no le dieron unas zapatillas nuevas porque muy pronto se marcharía de Perdita Hall. La enfermera Maggie apretó el paso y se adelantó, pero Agnes no intentó alcanzarla. Estaba segura de que

aquello era una prueba: si era capaz de hacerlo, también sería capaz de ir a la iglesia.

La enfermería estaba detrás del edificio principal de Perdita Hall, en el que también se encontraba el despacho del capitán Forest. La enfermera Maggie esperó a Agnes en la entrada y cerró la doble puerta cuando pasaron. Rodearon la escalera, bajaron a la penumbra del sótano y cruzaron el pasillo de paredes blanqueadas y techo oscuro que llevaba a la enfermería. Un olor penetrante las recibió.

Había otro niño en la enfermería, un chico de doce años con tos con flemas.

La enfermera señaló una cama que había en la otra parte de la sala y le dijo que no se moviera de allí, que irían a buscar a un médico en cuanto terminara el servicio dominical.

—Me voy a la capilla —dijo mientras se acercaba a la cama del niño a grandes zancadas y le remetía las sábanas—. Vuelvo dentro de una hora.

Agnes asintió. Se tumbó en la cama y aguzó el oído. Pasaron diez minutos. Veinte. El niño no dejaba de toser, pero en un momento en el que se paró a respirar, Agnes lo oyó en la distancia: era la campana del barco. El servicio estaba a punto de empezar.

Y todos, menos el niño y ella, estaban allí.

Apartó las sábanas rasposas.

El niño la miró con los ojos rojos.

—¿Qué haces?

—Tú, calla. Si se lo cuentas a alguien, te meterás en un buen lío.

Al niño le entró otro ataque de tos y Agnes se sintió desgarrada por el sentimiento de culpa. No era más que un niño, y además estaba enfermo, y ella se sentía dividida porque por una parte quería que la enfermera volviera pronto para atenderlo,

pero por la otra era mejor que tardara para que le diera tiempo a encontrar lo que necesitaba. Al tomar conciencia de lo que estaba pensando, y encima un domingo en lugar de estar en la iglesia, se sintió todavía más culpable.

—Lo siento, Señor —murmuró y salió corriendo de la enfermería.

Se detuvo en las escaleras para ver si se oía algo en la planta de arriba. Oyó el tictac del inmenso reloj de pared del recibidor, pero nada más. Comenzó a subir hacia el despacho. Fue subiendo los escalones de uno en uno, con todo el cuerpo en tensión por lo que podría descubrir. Cuando llegó a la penumbra del pasillo, por fin respiró más tranquila. Allí había muchos sitios en los que esconderse si alguien volvía de la capilla antes de tiempo.

Agnès fue al despacho del capitán Forest por segunda vez en una semana. El corazón le latía con fuerza. Si la descubrieran donde no debía estar, con el camión y las zapatillas, le quitarían las referencias o se negarían a darle el dinero del viaje. Abrió la puerta, se coló y la volvió a cerrar con cuidado. Ya había entrado. La agitación le hirvió por dentro. La habitación olía a jabón de limón y el aceite de macasar que el capitán Forest se ponía en el pelo. Observó los muebles, todos relucientes. Abrió la cajonera que estaba al lado de la mesa y solo encontró papeles. Luego fue a mirar en la que estaba delante de la ventana. El cajón de arriba crujió de tal manera al abrirse que Agnès estaba segura de que alguien la habría oído. Se enderezó, con el corazón desbocado. ¿Qué excusa podía poner si alguien la encontrara rebuscando entre cosas que no eran suyas, en un lugar en el que no podía entrar, después de haber mentido diciendo que estaba mala para no ir a la iglesia? ¿Cómo iba a describirle a nadie el impulso que la había llevado a actuar de aquella manera? Y, al fin y al cabo, aunque en-

contrara el botón del unicornio, puede que no se pareciera en nada al que ella recordaba.

Pasó un minuto y no llegó nadie, de forma que volvió a concentrarse en el cajón. Estaba dividido en casillas de madera y cada una contenía varios recuerdos. Había muchas casillas. ¿Cómo iba a encontrar el botón? Empezó a revolver los recuerdos con los dedos hasta que vio que en el fondo de cada casilla había una tarjeta con una fecha: 1874, 1873, 1872... Pasó la mirada por las tarjetas y se dio cuenta de que tenía que abrir el siguiente cajón.

1859, 1858... y allí estaba, 1855. El año en que llegó. Había unos doce recuerdos esparcidos por la casilla. Lo vio en un segundo.

Cogió el botón del unicornio con los dedos temblorosos. Era exactamente como ella lo recordaba.

Agnes tenía diez años y era el tercer día de su primera semana en la lavandería. La señora Watford estaba convencida de que diez horas al día encerrada en una habitación llena de vapor era el antídoto ideal para el carácter rebelde de Agnes, pero la señora Robbins se dio cuenta desde el primer día de lo bien que cosía y la mandó a la sala de costura. Aun así tuvo que aprender a restregar, estrujar, enjuagar, escurrir y tender la ropa, pero la mayor parte del trabajo era agradable y seco.

Entonces fue cuando llegó la cesta. La llevó un hombre alto y encorvado que decía que era un criado de Breckby Manor, la inmensa finca sita en lo alto de la colina de Hatby que pertenecía a lord Caspian Breckby.

«Tengo ropa usada de la hija del señor —dijo mientras deslizaba una cesta por el banco largo que solían usar para doblar la ropa—. La señorita Genevieve ha dicho que tenemos que dar todo esto para una obra de caridad. A lo mejor a alguna de las jóvenes de aquí le está bien».



A Agnes le pidieron que zurciera las roturas y reforzara los botones, corchetes y costuras. Todavía se acordaba de Genevieve y le hizo mucha ilusión coserle la ropa, aunque fuera para regalarla. Lo primero que sacó de la cesta fue una chaqueta de montar. Agnes no había montado nunca a caballo, pero se imaginaba a aquellos animales como un símbolo de fuerza y libertad. Cuando dormían juntas, Gracie y ella solían inventarse historias en las que una manada de caballos salvajes irrumpían en Perdita Hall y ellas eran las únicas que conseguían domarlos. Las historias siempre terminaban con ellas dos galopando a pelo por los páramos bajo un cielo nocturno en el que la luna brillaba entre jirones de nubes. Pero en la chaqueta había algo todavía más excitante: unos botones redondos de color carmesí con un unicornio dorado con las patas delanteras alzadas. ¡Un caballo con algo parecido a una espada! Mientras cosía los botones, Agnes dejó volar la imaginación y se vio a sí misma escapándose de una vez por todas de Perdita Hall, montada, en camión y con aquella chaqueta, en un unicornio que se abría paso entre un reguero de sangre.

En uno de los puños faltaba un botón con el unicornio y la señora Robbins le pidió que le pusiera uno distinto. No volvió a ver aquella chaqueta nunca más. Aquellas prendas no se las regalaron a ninguna niña de Perdita Hall, ya que habrían provocado celos y peleas. La señora Robbins las vendió y le dio el dinero al capitán Forest, que también recibía todo lo que ellas ganaban para mantener el hospicio. Pero a Agnes no se le habían olvidado aquellos botones, que eran exactamente iguales al que acababa de encontrar y que tal vez pudiera develar el secreto de su propio origen. Porque, ¿a qué otra conclusión podía llegar? Estaba claro, ella tenía que ser la hija ilegítima de la noble, impresionante e indomable Genevieve Breckby.

—¿Estás segura de lo que quieres hacer?

Agnes miró a Gracie. Era el lunes por la tarde, y como todavía era temprano, pidieron permiso para salir con la excusa de ir a Hatby a consultar los horarios de los coches de caballos, ya que solo quedaban dos días para que Agnes se marchara de Perdita Hall..., como si Agnes no se hubiera aprendido de memoria todas las salidas de los carruajes del pueblo a lo largo de su vida. El objetivo real era coger el camino que cruzaba los bosques de higueras y el cementerio de la iglesia en dirección a Breckby Manor.

—Pues claro —dijo Agnes mientras guiaba a su amiga para que no pisara ningún charco.

Gracie había perdido la visión de un ojo y siempre se estaba tropezando con todo. Los bosques eran oscuros y húmedos, y el silencio era tan profundo que solo se oían los pájaros que daban saltitos por las ramas y los animales pequeños que se movían bajo los árboles.

—La señorita Candlewick murió hace dos años, así que no puedo preguntárselo a ella. Tendré que ir a preguntar directamente allí. ¿Es que tú no harías lo mismo, Gracie?

—No lo sé —dijo su amiga, insegura, mientras se remetía un rizo pelirrojo por debajo del gorro.

Gracie lo decía y lo hacía todo insegura. Tenía un corazón tan puro y lleno de bondad que era capaz de entender el punto de vista de todos, incluso de los que no eran buenas personas. Por eso no solía tener ninguna convicción sobre sus propias opiniones y sentimientos, y no sabía a quién amar y a quién odiar.

Agnes le dio la mano.

—¿Qué otra cosa puedo hacer sino ir a verla, mirarla a los ojos y decirle que soy su hija?

Gracie la miró con el ojo bueno. El otro se le torció hacia la izquierda.

—No va a admitir que eres su hija. Ella te abandonó, piénsalo.

Agnes no se rindió ante la punzada de dolor que le produjo aquella afirmación y siguieron andando.

—Ella me dejó con el botón y luego mandó la chaqueta de montar a Perdita Hall. Seguro que estaba intentando decirme quién era. A lo mejor no quería abandonarme. Puede que la obligaran.

—Yo la vi una vez en el pueblo —replicó Gracie— y no parecía el tipo de mujer a la que nadie pueda obligar a hacer nada que no quiera.

—Sí, yo también la vi una vez —dijo Agnes, y las palabras le salieron más cargadas de tristeza de lo que habría querido.

—Era muy guapa, era... impresionante.

Gracie tenía razón. Genevieve Breckby era tan guapa e imponente que casi parecía una estatua romana con vida. Aunque solo hubiera hablado con ella aquel día, Agnes la había visto otras dos veces en el pueblo de pequeña y le había impresionado mucho. Además, los rumores que corrían de que Genevieve era una mujer obstinada, mordaz y capaz de escabullirse de los continuos intentos de su padre y su marido por controlarla no habían hecho más que darle alas a su imaginación. Agnes no quería una madre que le diera besos y caricias, ya hacía mucho tiempo que se había resignado a esa privación. Nadie podía criarse en Perdita Hall sin una cierta dureza en el corazón, y el amor no era algo que ella se esperara ni entendiera. Ni siquiera el que pudiera pertenecer a la nobleza, y por tanto no estar destinada a una vida de trabajo y penurias, llegaba a atraerla tanto como la idea de que sus ansias de libertad, que siempre le habían hervido en la sangre con el fragor de un trueno, pudieran ser un rasgo heredado, la idea de que hubiera otra mujer en el mundo con un corazón que se identi-

ficara con el suyo, con unas pasiones que se reconocieran en las suyas.

Que puede que no estuviera tan sola.

En realidad, Agnes ni siquiera sabía si Genevieve seguía viviendo en Breckby Manor. Había oído rumores sobre un escandaloso final de su matrimonio y hacía muchos años que no la veía, pero no podía irse de Hatby sin intentar descubrir la verdad. Le soltó la mano a Gracie para abrir la verja de la iglesia y cruzaron el cementerio esquivando las ramas más bajas de los árboles.

Al llegar a la otra parte, Gracie se paró.

—Ahora tendrás que seguir sola —le dijo mientras se sentaba en el borde de piedra de un arriate y se colocaba bien la falda gris a su alrededor.

Agnes se inclinó hacia ella y le apretó las manos.

—Gracias, amiga mía. No te dejaré aquí mucho tiempo.

—Tómate todo el tiempo que necesites —dijo Gracie—. Yo estaré bien aquí, con la brisa y las ramas —sonrió—. Agnes, imagínate que dentro de dos años, cuando me toque salir, descubro que pone lo mismo en mis papeles: «Botón con unicornio». Podríamos ser hermanas.

Agnes no dijo que no podía ser, que estaban hechas de un material tan distinto que era absolutamente imposible que existiera ninguna relación biológica entre ellas. Aun así, su amiga seguía siendo como una hermana. Gracie la había escuchado y le había dado todo su cariño aun cuando todos los demás le regañaban o se reían de ella, y Agnes la adoraba y la protegía.

Agnes se incorporó, se estiró la falda, salió del cementerio con determinación y embocó el sendero que subía a Breckby Manor.

La verja era imponente y estaba cerrada. Agnes esperó no tener que trepar para entrar en las tierras, ya que no habría sido la mejor forma de encaminarse hacia su añorada familia. Metió



la mano entre las rejas y consiguió levantar el pestillo. Empujó la verja, que chirrió ruidosamente. Dos perros enormes se abalanzaron hacia ella. Agnes se quedó totalmente quieta, aunque dispuesta a salir corriendo y volver a cruzar la verja en cualquier momento, pero enseguida vio que estaban moviendo la cola y que se le estaban acercando con la lengua fuera. Se inclinó para acariciarles la cabeza. Uno de ellos se tumbó de espaldas y ella le acarició la barriga.

Mientras lo hacía, Agnes levantó la cabeza y miró a su alrededor. Delante de Breckby Manor se extendía un jardín repleto de flores de muchos colores y árboles bien cuidados que estaba rodeado por un camino de carruajes que pasaba por delante de la casa y luego se desviaba hacia los establos. Agnes cruzó el jardín circular acompañada por los perros. Bajo el sauce que había al lado del estanque entrevió unas pequeñas cruces. Todas tenían nombres de perros: Persimmon, Xerxes, Fluff y Calico. La tierra batida del camino de carruajes crujió bajo sus pies. No tardó en llegar a la cuádruple escalinata de piedra que llevaba al pórtico y enseguida llamó con la aldaba de latón. Los perros, bien entrenados, no subieron los escalones.

Agnes esperó. Una nube pasó por delante del sol.

La puerta se abrió y apareció un mayordomo anciano y sonriente.

—¿En qué puedo ayudarle, señorita?

—Me gustaría ver a Genevieve.

En cuanto lo dijo se dio cuenta de que debería haber usado el nombre más formal, señorita Breckby, pero el nombre de su madre ya se le había quedado grabado.

La sonrisa del mayordomo se desvaneció.

—¿Y quién es usted? —preguntó con el ceño fruncido.

—Me llamo Agnes Resolute. Soy de Perdita Hall y tengo que hablar con Genevieve, es importante.

El mayordomo se apartó hacia un lado para poder cerrar la puerta, pero a Agnes le dio tiempo a ver la entrada cavernosa y a un criado que estaba limpiándole el polvo a unos retratos impresionantes.

—La señorita Breckby ya no vive aquí.

A Agnes se le cayó el alma a los pies. Sabía que tenía que contar con esa posibilidad, pero en el momento en que el mayordomo se lo confirmó se le desinflaron las velas.

—Y, entonces, ¿dónde vive? Tengo que hablar con ella.

—No tengo por qué hablar de esto con una expósita. Donde la familia Breckby viva o deje de vivir no es asunto suyo. Adiós.

Cuando se dio la vuelta para entrar, Agnes lo cogió de la manga.

—Por favor —insistió—. Tengo que encontrarla.

—Señorita, si no me suelta inmediatamente me veré obligado a enviarle una carta al capitán Forest para informarle de este... hostigamiento.

El mayordomo le apartó la mano y Agnes dio un paso atrás y dejó que se fuera.

«Maldita sea».

Agnes se dio media vuelta y bajó la escalinata, cruzó el jardín y salió por la verja. Le temblaban las manos. Pero no iba a llorar. Las lágrimas eran para los débiles. Ella llevaba toda la vida aguantando decepciones y aquella no la iba a derrotar.

Gracie se levantó al verla llegar.

—Se te ve en la cara que no ha ido bien —le dijo.

—Pues no, la verdad.

—Bueno, pero no te preocupes, he estado pensando. Te acuerdas de Cole Briar, ¿no?

Agnes parpadeó. ¿Por qué le estaba hablando de Cole Briar? El día que Cole se marchó de Perdita Hall fue uno de los mejores de su vida. Agnes ya no sabía ni cuántas veces la



había buscado en los jardines de detrás de la iglesia para intentar besarla o manosearla. Cada vez que había ido a quejarse, la señora Watford le había dicho que si se quedara en su dormitorio en lugar de salir a corretear por los jardines, no le pasaría nada.

—Sí, me acuerdo de sus malos modales. Pero ¿qué tiene que ver Cole?

—Trabajó para los Breckby. A lo mejor sabe algo.

—Prefiero darle un beso a una anguila antes que pedirle ayuda a él —dijo, aunque al mismo tiempo que lo decía empezó a pensárselo mejor.

Cole seguía en Hatby. Trabajaba para un fabricante de botas, y si sabía algo, no le costaría mucho hacerlo hablar.

—¿Agnes? —dijo Gracie tras un momento de silencio.

—Sí, vale —le dijo mientras le pasaba la mano por debajo del brazo—. Pero ven conmigo. No quiero ir sola.

La vía principal de Hatby era una calle larga y estrecha bordeada de edificios de piedra gris. Aparte de un caballo con una carreta que esperaba delante de la oficina de correos y una pareja mayor que estaba mirando el escaparate del sombrerero, Agnes y Gracie estaban solas en la calle. Sus sombras se alargaban ante ellas mientras se encaminaban hacia la tienda del sombrerero Tucker. Era una tienda estrecha, encajada entre el taller del fabricante de velas y un local vacío que antes había sido un salón de té. Agnes empujó la puerta. Gracie la seguía de cerca. La tienda olía a cuero y a polvo. Detrás del mostrador, en una esquina, estaba Cole Briar. A su alrededor había muchas herramientas y tiras de cuero colgadas en las paredes. Tenía la cabeza inclinada sobre una bota y estaba intentando rizar el cuero con una herramienta artesanal.

—Cole —dijo Agnes y él levantó la mirada.

Tenía la nariz larga y la piel grasa, y el pelo negro y liso le caía a ambos lados de la frente. Cuando vio a Agnes, una lenta sonrisa se abrió paso en su rostro.

—Vaya, mira quién está aquí, Agnes Resolute.

—Y Gracie Badger —dijo Gracie.

Cole la ignoró, soltó la bota y se les acercó.

—¿Qué haces en el pueblo? Buscando a Cole Briar, ¿eh?
¿Es mi día de suerte?

Agnes trató de vencer la irritación y sonrió.

—Sí, Cole. Será eso.

—Pues dime.

Cole era unos quince centímetros más alto que ella y lo tenía tan cerca que Agnes notaba el olor a sudor de la ropa.

—Tú trabajaste para los Breckby, ¿no?

—Sí, durante mis tres últimos años en Perdita Hall me mandaron a trabajar como criado. La casa era tan grande que cualquiera podía perderse allí dentro.

—¿Los oíste hablar alguna vez sobre Genevieve? ¿Sabes adónde se fue?

Cole le lanzó una mirada brillante y penetrante. Agnes sabía que estaba pensando en qué decir.

—¿Por qué quieres saberlo?

—¿No podrías contestar y ya está?

Gracie se acercó un poco más a Agnes.

—¿Sabes algo de verdad o te estás haciendo el interesante?
—le preguntó Agnes con tono desafiante—. Porque te lo advierto, Cole Briar, las vas a pagar caras si no me dices la verdad.

Cole se apoyó en un pie y luego en el otro, sin decir nada.

—Algo sé —dijo por fin—. Solía recogerles el correo.

Agnes se animó.

—¿Sí?

—Sí, así que la pregunta es: ¿qué saco yo de todo esto?



—Un beso.

Él se inclinó, pero Agnes dio un paso atrás y chocó con Gracie.

—Todavía no. Cuando me digas algo.

—Muy bien, pues este es el trato: un beso rápido para que empiece a hablar y otro largo cuando te dé su dirección —dijo levantando las cejas en la última palabra para enfatizar.

¿Su dirección? Entonces valía la pena besar a una anguila. Agnes levantó la cara y Cole apretó los labios con fuerza contra los suyos. Agnes aguantó la presión unos dos segundos antes de apartarse.

—Vale, ¿qué sabes?

—Genevieve se fue a vivir a Londres con su hermana, Marianna. Eso fue lo que me dijo el ama de llaves. Yo iba a la oficina de correos todos los jueves a recoger las cartas de Marianna. Belgrave Place, Londres. Ahora, el beso largo. Te daré el número de la calle cuando me lo des.

Agnes miró a Gracie, que parecía perpleja y fascinada a un tiempo.

—Venga —dijo Gracie—, se lo has prometido.

Agnes dio un paso adelante y dejó que Cole le pusiera las manos en la cintura. Cole se inclinó, le metió la lengua entre los labios abriéndoselos con brusquedad y la besó con rudeza. Agnes apretó los párpados y pensó en otra cosa. Londres. Su madre. El botón del unicornio. Cole deslizó las manos hacia arriba y estaba a punto de tocarle los pechos cuando ella se apartó.

—Ya está bien. No te he dado permiso para eso.

Él se rio.

—No puedes reprocharme que lo haya intentado, Agnes Resolute. Tú siempre has sido la primera de mi lista —dijo y le guiñó a Gracie, que lo miró con una sonrisa ingenua.

—Vale. ¿Y el número?



Cole le dio la dirección completa y le pidió otro beso, a lo que ella se negó con rabia.

Por fin pudo dejar atrás el olor de la tienda y salir a la calle helada.

—Londres —suspiró Gracie—. Qué pena que esté tan lejos.

Agnes se paró y se volvió a mirarla.

—La distancia me da igual. Tengo que ir —afirmó.

Gracie abrió los ojos de par en par.

—No digas tonterías, Agnes. No te lo puedes pagar, no puedes...

—Tengo el dinero del primer mes de la pensión —dijo Agnes y miró hacia atrás para asegurarse de que Cole no la hubiera seguido—. Gracie, lo más seguro es que Genevieve Breckby sea mi madre.

—¿Hay algo que pueda decir para que no vayas? —preguntó Gracie.

—Ya sabes que no puedes convencerme —contestó Agnes.

—Sí —dijo Gracie sonriendo—, ya sé que si te propones algo, no hay forma de impedirte.

Era una tarde ventosa cuando Agnes por fin llegó a la parada que estaba delante de la oficina de correos de Hatby, dispuesta a comenzar su nueva vida. Gracie estaba a su lado, apretándole la mano, mientras subían su equipaje en el carruaje. La maleta parecía patéticamente pequeña comparada con las de los demás pasajeros. Una mujer poco mayor que Agnes le estaba dando órdenes a los criados con voz aguda. Llevaba un vestido de seda de color ciruela con un enorme lazo en el polsón. Agnes se miró el suyo. Durante los últimos meses en Perdita Hall, todas las niñas se hacían los vestidos con los que saldrían de la inclusa. Aquella mañana, Agnes por fin se había puesto el suyo. Se lo



había hecho con la reglamentaria lana gris, aunque después lo adornó con un cuello de encaje y unos puños que le hizo Gracie; luego le reforzó todos los corchetes y botones y le puso la cinta que sujetaba el modesto polisón de forma que se le ajustara suavemente. Cuando se lo puso le pareció un vestido muy fino, pero al lado de aquella mujer pensó que no iba elegante. Como mucho, se podía decir que iba pulcra.

Agnes observó cómo el cochero iba hablando con cada uno de los pasajeros antes de dejarlos subir. Ella era la última. Cuando le tocó, el cochero alargó la mano para que le diera el dinero.

—¿York? —le dijo con voz ronca.

—La estación de trenes. Voy a Londres.

El hombre levantó la ceja.

—A Londres, ¿eh? Yo puedo venderte el billete aquí, mucho más barato. Londres está muy lejos. Te cobrarán quince chelines si lo compras en la estación.

¡Quince chelines! A ella le habían dado veinte, con lo que tendría para el viaje a York y un mes de pensión.

—¿Cuánto me costaría si se lo comprara a usted?

—Se lo podría vender por doce y dejarle el trayecto a York por la mitad, dos chelines y seis peniques.

Agnes hizo sus cálculos mentalmente y se le heló la sangre. Había oído que el tren era más barato que el coche de caballos, pero Londres estaba a más de trescientos kilómetros de York. Había sido una ingenua al pensar que podría permitirselo.

Agnes miró a Gracie, que negó con la cabeza tristemente mientras uno de los ojos se le desviaba hacia la izquierda.

—No te quedaría dinero para volver si algo saliera mal. Creo que Londres tendrá que esperar.

¿Esperar? Ella llevaba toda la vida esperando algo sin saber muy bien lo que era, y tal vez fuera aquello.

—De acuerdo —le dijo al cochero, convencida de que cuando encontrara a su madre, ya no necesitaría el dinero.

—Agnes...

—Todo irá bien, Gracie, ya lo verás.

Agnes se desató el cordón del monedero que llevaba atado a la muñeca y fue sacando el dinero, contándolo con mucho cuidado mientras lo iba poniendo en la palma áspera del cochero. Se metió el billete en el monedero y, cuando tiró del cordón para volver a cerrarlo, se le quedó flojo y ligero. Ya solo le quedaban unas cuantas monedas y el papel en el que decía quién era y por qué no tenía certificado de nacimiento.

—Suba —dijo el cochero mientras iba a sentarse a su sitio. Gracie intentó ponerle a Agnes algo en la mano.

—Toma —dijo.

—¿Qué es eso?

Era pequeño y suave y estaba envuelto en papel de periódico.

—Un regalo, seguramente te vendrá bien... Y si necesitas dinero, puedes venderlo.

—No tenías que regalarme nada —le dijo abrazándola—. Te quiero mucho, amiga mía.

—Escríbeme en cuanto llegues.

—Lo haré.

Agnes se subió al carruaje, donde se habían sentado las otras mujeres. Los hombres se habían acomodado en los asientos de fuera. Agnes se sentó entre la mujer del vestido de color ciruela y una señora mayor que parecía molesta por tener que compartir el espacio con ella. La señora sacó los codos para marcar su territorio y Agnes se imaginó qué haría Genevieve si la señora fuera tan maleducada con ella, así que enderezó la espalda y levantó la barbilla. No se acordaba claramente de todos sus rasgos, pero nunca se le había olvidado su porte elegante, con la barbilla bien alta.



Los caballos echaron a andar y el carruaje empezó a traquetear. Mirando por la ventanilla, Agnes fue viendo pasar las ramas de los primeros árboles, luego los robles y por fin la verja de Perdita Hall, que se entreveía por detrás de otras ramas y varias casas. Se apoyó en el respaldo del asiento y cerró los ojos. Notaba los fuertes latidos del corazón en la garganta.

Había tomado una decisión.

Abrió los ojos, miró el paquete y lo desenvolvió. La señora mayor resopló con desdén. Agnes sacó el regalo de Gracie, un chal de encaje.

Gracie era la mejor encajera de Perdita Hall. Pese a su torpeza caminando, el ojo bueno le proporcionaba una visión cercana perfecta y además tenía un pulso increíble. Normalmente, todo lo que hacía, se vendía. ¿Cómo habría conseguido quedarse con aquel chal? Agnes sonrió imaginándose a su amiga, a la que tanto miedo le daba meterse en problemas, escondiendo aquel chal sin que la viera la maestra de encaje, temiendo que la descubrieran, envolviéndolo y sacándolo de la inclusa. Se le encogió el corazón al pensar que su amiga se había quedado sola en Perdita Hall, ahora que ella ya no estaba allí para leerle y protegerla.

Agnes se juró que no lo vendería por muy mal que se pusieran las cosas.

Se lo echó por los hombros, dándoles codazos a los otros pasajeros. La señora mayor torció el gesto, pero a Agnes no le importó. Estaba segura de que ella no tendría nada tan valioso como el regalo de Gracie, porque estaba hecho con amor.

El coche de caballos siguió traqueteando, alejándola de su antigua vida para llevarla hacia una vida nueva.